

*de las poridades, Razón de amor*, Autores y títulos misceláneos); siglo XIV (Obras generales, Biblias, Juan Fernández de Heredia, *Fueros, Gran conquista de Ultramar, Historia troyana, Libro de la montería, Libro de Miseria del omne, Libro del caballero Zifar*, Pero López de Ayala, Juan Manuel, Mocedades de Rodrigo, Poema de Alfonso XI, Juan Ruiz, Santob de Carrión, Autores y títulos misceláneos); siglo XV (Biblias, Cancioneros, Alonso de Cartagena, *Celestina*, Alonso de Chirino, *Dança de la muerte*, Gutierre Díez de Games, *Ejemplario contra los engaños y peligros del mundo*, Juan del Encina, *Historia de la donzella Teodor, Libro de las maravillas del mundo*, Iñigo López de Mendoza, Gómez Manrique, Alfonso Martínez de Toledo, Juan de Mena, Juan Rodríguez del Padrón, Diego de San Pedro, Pedro Tafur, Enrique de Villena, Autores y títulos misceláneos); Textos judcoespañoles; Textos aljamiados.

Cada entrada tiene un breve comentario sobre su contenido y características.

Indices de nombres y de títulos cierran el volumen y facilitan su consulta.

No hay duda de que esta breve obra será auxiliar muy útil para todos los estudiosos del español medieval y en particular para los interesados en el léxico medieval, en estudios etimológicos e históricos en general.

JOSÉ JOAQUÍN MONTES GIRALDO

Instituto Caro y Cuervo.

STANISLAV ZIMIC, *Las églogas de Garcilaso de la Vega*, Santander, España, Sociedad Menéndez Pelayo, 1988, 108 págs.

La obra es un estudio breve y bien documentado sobre las tres églogas del tempranamente fallecido renacentista español. Carece el libro, como tal, de una introducción o estudio preliminar y de las esperadas conclusiones, lo cual no podemos atribuirlo únicamente al autor sino también al editor, ya que se trata de unos "ensayos de interpretación" que han sido sumados para constituir el conjunto que reseñamos. Aparentemente, el autor se limita a entrar de lleno y sin preámbulos en la interpretación de la primera égloga, y sale por la misma puerta al término de la tercera, sin mayores miramientos para con el lector americano que siempre espera un párrafo donde se lo reciba e indique los presupuestos filosóficos y técnicos que

orientan la obra, y, asimismo, un párrafo final que le dé cuenta del estado en que han quedado tanto el tema después de hecha la investigación, como la investigación misma y si, en consecuencia, se ha logrado o no el objetivo propuesto. No obstante esto, que para nosotros parece una falla considerable, es posible que para los europeos sea lo más normal y, por lo menos, queda salvado por la calidad de los juicios y la prolijidad de las referencias que sustentan el análisis.

“I. Los dos amores en la égloga I”, págs. 5-33.- Salicio:: Galatea vs. Nemoroso:: Elisa, dos amores que constituyen la estructura actancial de esta primera égloga, amor voraz, egoísta y mundano el primero, cuanto sereno, altruísta y espiritual el segundo, ambos malogrados, aquél por la presunta inconstancia de Galatea y éste por la inesperada muerte de Elisa, nos recuerdan dos influencias igualmente latinas: la ovidiana, desesperada y vengativa, y la alighieriana, celestial y neoplatónica. Ambas instancias sémicas presumiblemente reflejos de dos estadios amorosos de la vida de Garcilaso: Galatea = Isabel Freyre casada con Antonio Fonseca, y Elisa = la misma Isabel muerta en vida del poeta. A este respecto dice el autor “también creemos que una consideración del probable reflejo autobiográfico en la obra -no solo es lícita, sino imprescindible, pues la impone la propia formulación artística del texto” (pág. 29).

Ahora, si bien es cierto que las influencias de esta égloga hay que buscarlas hacia atrás, como que el nombre de Galatea es muy latino en cuanto a su relación con el Polifemo de Ovidio, también es dable dentro de una visión politextual hacer alusiones de hipotextualidad, como el profesor Zimic lo hace al dar cabida en su libro a correlaciones con Juan de la Cruz, Montemayor y Cervantes. Es urgente decirlo, la politextualidad cumple en la crítica literaria una triple función: primero, da cuenta de la evolución filosófica de las épocas, lo que nos da una función filológica; segunda, nos muestra la evolución de los presupuestos artísticos de cada versión temática, que viene a ser la función estética; y tercera, nos muestra un panorama complejo y completo de un texto en conjunción con otros que se le asemejan, lo que nos da la función noscológica, sin la cual no podemos decir que hemos aprendido literatura. Después de leer este ensayo que constituye la primera parte del libro tenemos una visión más amplia sobre Garcilaso y podemos hacer una nueva lectura de su égloga primera, lectura bastante diferente de las anteriores, producto muy seguramente de la aplicación de la triple funcionalidad que acabamos de enunciar.

“II. La égloga II: Homenaje poético a la amistad”, págs. 35-78.- Égloga, al parecer, la más contradictoria y controvertida, de menor importancia estética, según algunos críticos. El autor enfrenta al lector con

todas y cada una de las interpretaciones que han surgido a través de los siglos, claro está que seleccionando a los mejores exponentes dada la brevedad del espacio, desde los más naturalistas como M. Faria e Sousa, Menéndez Pelayo, Tomás Navarro, Keniston y Gallego Morel que buscan tanto en los actores como en los programas narrativos actanciales la identificación plena con la realidad histórica, hasta posiciones eminentemente esteticistas o convencionalistas como la de I. Azar y la de Fernández Morera, por ejemplo, que otorgan a Garcilaso una originalidad total en la estructuración de la égloga como paralelismo de orden moral y artístico, ajeno a connotaciones biográficas, muy de la época renacentista española.

El profesor Zimic sugiere, por su parte, una nueva hipótesis, un tanto conciliadora, y trata de demostrar primeramente que, en contradicción con la crítica generalizada, la pasión amorosa de Albanio no “surge de motivaciones impropias [n]y persigue fines indecentes” (pág. 42); posición ésta que conciliaría las polémicas anteriores que veían una falta de respeto de Garcilaso para la casa ducal de Alba al identificar presuntamente al duque de Alba o a su hermano Bernardino con el pastor Albanio.

Después de leer este ensayo, que constituye la segunda parte del libro, nos damos cuenta de que ha sido elaborado con un criterio que nosotros llamamos pragmatolingüístico, porque se le confiere al autor el valor de referencia de una filosofía – que para el caso es renacentista, que equipara la razón con el amor –, determinante y a su vez determinada por las instancias comunicativas de la lucha personal entre el guerrero amante con su carácter estoico, por una parte, y, por otra, el cortesano galante. Lucha psicológica librada en el emisor, traducida en enfrentamiento de contrarios, vislumbrada en la égloga, y que desconcierta tanto a los críticos, acostumbrados a descuartizar estructuras unívocas y frías, sin atender a que aquí se conjugan corrientes vitales moldeadas estéticamente en un micro-mundo ficcional calcado a imagen y semejanza del *yo* complejo de la enunciación.

De lo anterior se desprende otro valor más del trabajo de Stanislav, cual es el de considerar la triple ‘junción’ de los géneros literarios, pues, evidentemente, en la égloga II están presentes los tres géneros seculares, modernamente reconocidos: el épico, en la narración de Nemoroso; el lírico, en el carácter expresivo-individual de cada pasión amorosa; y el dramático, en la alternancia constante entre narrador y público oyente, y en su estructura formal dialogada; todo en una combinación sorprendente como los relatos de “caja china” o de “teatro dentro del teatro dentro del

teatro...” (pág. 77), nueva y original por excelencia, creada para su círculo de amigos, como una apología de la verdadera amistad.

“III. La égloga III: Testamento amoroso y literario de Garcilaso”, págs. 79-103.- A pesar de que para el autor es representativa la aseveración de Dámaso Alonso, a nosotros – desde otro ángulo, claro está – nos parece un tanto ausente de la realidad histórica, por cuanto que “He aquí a la mitología presidiendo la vida real, lanzando una proyección melancólica sobre la vida real” (pág. 79), pretende desconocer – así sea oculta tras el juego de la crítica metalingüística – el orden lógico del *ser* y del *hacer* humanos, visto a la luz de la semiología. Es, a saber: El hombre (*ser*) ejecuta un hecho (*hacer*), y dentro del *hacer* está el *quehacer* literario – mitología, religión, jurisprudencia, poesía – que, a su vez, recrea los aspectos de la vida del hombre como en un espejo con toda su carga ideológica y vivencial. Entonces, los actores plasmados en los cuatro tapices bordados por las ninfas: Orfeo :: Euridice, Apolo :: Dafne, Adonis :: Venus, y Nemoroso :: Elisa, y los actores vivenciales – Garcilaso :: Isabel Freyre – no son más que investiduras sémicas de un mismo programa narrativo actancial con un solo recorrido transformacional [no transformacional] entre dos estados de ‘junción’, CONJUNCIÓN → DISJUNCIÓN, actualizado como MUERTE.

En cambio, sí nos parece muy acertada la conclusión propia del profesor Zimic cuando dice que toda la égloga “nos impresiona como un sereno y conmovedor testamento amoroso, complementario de la confesión sentimental en la égloga I” (pág. 80); y mucho más nos convence en el análisis de cada uno de los textos que componen el discurso literario correlativo a cada tapiz, por una parte, y la relación detallada que hace entre esta égloga y la demás poesía amorosa del poeta. Porque, entre las sorpresas gratas que nos causa el trabajo que estamos considerando está la de constatar que el autor no se queda en la lectura puramente fabular, como lo hacen los que se quedan contemplando el dolor de Venus en el tapiz de Climene, en la égloga de Garcilaso, como si fuera su propio dolor, sino que nos muestra las correspondencias pluritextuales tanto entre la obra del escritor, por una parte, como entre ésta y la vida del vate por otra; de tal suerte que se quedan sin piso aquellos críticos que pretenden mostrar supuestas inconsistencias en la obra de Garcilaso.

El opúsculo está elaborado como un metadiscurso con presupuestos de referencialidad en el mundo de la realidad literaria y vital, no como suelen ser casi siempre los trabajos de crítica cuando son elaborados desde alguna teoría estética y no sobre la teoría lingüística. Con esto se gana en verosimilitud, al discutir por ejemplo sobre la mayor o menor armonía de

las relaciones entre Salicio y Galatea, y además en criterio de verdad al correlacionar un microtexto con la obra total de Garcilaso, y con la cultura histórica del momento creador.

Finalmente, lo fundamental de esta obra es, a nuestro entender, el hecho de que a una pesquisa constante de los datos, y a su constatación, sigue siempre el esbozo de una posición personal del autor, sin que ésta, a su vez, sea óbice para dejar abierto el camino a la posibilidad de que el lector interprete a su manera – como lo hemos hecho nosotros – todo el bagaje informativo.

LUIS JOSÉ VILLARREAL VÁSQUEZ

Instituto Caro y Cuervo.

MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO, *Epistolario*, Edición al cuidado de Manuel Revuelta Sañudo, Director de la Biblioteca de Menéndez Pelayo, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1982-1989, 22 vols.

Julián Marías confiesa su pasión por las cartas. “Me parecen, escribe, uno de los géneros literarios más interesantes, sobre todo cuando no se las escribe pensando que son un género literario; quiero decir cuando brotan de la espontaneidad y se escriben a un destinatario real y sin pensar en su posible publicación”. En el caso de Menéndez Pelayo, que era un maestro, sus cartas son la prolongación de una cátedra desde la cual dicta, sin pensarlo, la más amena y fructuosa de las clases. A personas como Menéndez Pelayo era natural que se le hicieran consultas de todo género, desde una minucia gramatical hasta una curiosa información bibliográfica, y la respuesta siempre luminosa y útil para el corresponsal. Pero no falta el rasgo puramente anecdótico y personal; sus amigos más cercanos se permiten libertades con él y de allí la parte más íntima y personal que nos hace posible acercarnos a la personalidad del sabio, del hombre.

Son muy numerosos los epistolarios de Menéndez Pelayo publicados hasta el presente, todos ellos fragmentarios. Diez páginas del tomo I están destinadas a su enumeración y sobra decir que estas fuentes se utilizan en la edición que comentamos. Esta es, pues, la primera edición completa de la correspondencia epistolar del sabio santanderino y comprende los años